

Fué un trabajador infatigable de nuestra cultura hasta el último día en que la pluma quedó suspensa sobre el cuaderno en que escribía precisamente sus recuerdos de estudiante en San Marcos, más cerca que nunca de nuestra vieja casa, por que se acercaba a la eternidad y a la historia, donde sólo duran los grandes. Fué un maestro tolerante y generoso con sus amigos y discípulos, que rodearon su lecho de muerte como el de un filósofo antiguo, y le han rendido, como una compensación a sus amarguras y a su soledad afectiva, un tributo de lágrimas viriles. Fué un gran señor limeño de la amistad y como el Maestre de Santiago don Rodrigo "¡qué amigo de sus amigos!—¡qué señor para criados y parientes!—¡qué maestro de esforzados y valientes!". Fué un defensor pugnaz y quijotesco de la Hispanidad,—¡tan perseguida y tan alta, tan pura y sin premio!—por lo que Dios le habrá bendecido. Fué sobre todo, un gran peruano, que seguirá viviendo como un penate venerado, al lado de Garcilaso y de Palma, en la región olímpica de verde esmalte, donde no llegan la Envidia ni el Odio, lejos de toda escoria humana, donde su espíritu resplandece bajo la luz eterna y dialoga ya, con las grandes sombras de la Patria".

(De "El Comercio", 28 de octubre de 1944).

CARLOS WIESSE, el maestro.

† el 17 de Junio de 1945, en Lima.

Don Carlos Wiese, fué, en su larga vida de 85 años extinguida apaciblemente en su retiro de Miraflores, abogado, periodista, diplomático, internacionalista, sociólogo, geógrafo, historiador. Pero, por encima de todo, y, esencialmente, fué maestro. Su nombre, unido al recuerdo de los textos elementales de historia y de geografía del Perú, fué familiar a muchas generaciones que en ellos aprendieron las primeras nociones del contorno físico y espiritual de la patria. Fué maestro por la sencillez y generosidad de su espíritu, que desdeñó las posiciones decorativas y solemnes, para tratar de acercar los resultados de las complicadas teorías e hipótesis científicas y de las eruditas investigaciones históricas, a la mente de los niños, sin pedantería, sin alarde y sin retórica, con un noble y sobrio sentido de lo elemental y de lo verdadero, que rayaba en ascético.

Sus textos de historia no hablaban a la imaginación ni al sentimiento, por su concreción y llaneza, y hasta sequedad pero eran fuentes prístinas en que se podía beber la verdad sin adulteraciones ni lisonjas, y realizaban sin quererlo, por la innata vocación de ecuanimidad de su autor, el anhelo de una historia pura y objetiva, en la que hablaban principalmente los hechos. Por eso, quizás, por que no herían ni ensalzaban a nadie, fueron los libros de todos, libros nacionales por excelencia, por todos aprendidos y leídos, guardados avaramente como textos de consejo e información sobre las cosas patrias y forjadores constantes de unidad nacional. Para los estudiantes escolares de 1910 a 1920 los textos de Wiese fueron como guías concentradas de patriotismo y de búsqueda de la nacionalidad. En toda biblioteca escolar eran ejemplares estimadísimos, el manual de Historia del Perú, en pasta roja, con los retratos de virreyes y caudillos y el Atlas de Geografía de Wiese, con sus mapas en colores, y la revelación gráfica de la orografía y de las riquezas naturales de la tierra.

La labor educadora de Wiese, a través de sus textos de historia y geografía fué así enorme, silenciosa y ennoblecedora. Tuvieron además sus textos un mérito de originalidad, que no es frecuente en libros de este carácter. La historia general del Perú no estaba aún escrita, salvo el ensayo apreciable de Markham y los libros de síntesis e interpretación de Lorente, que apenas alcanzaban a los primeros años republicanos. Wiese realizó una paciente labor sistematizadora, incesantemente rectificadora: trazó pautas clasificadoras, delineó períodos cronológicos, incorporó hallazgos arqueológicos e históricos y conclusiones sociológicas innovadoras. En lo que se refiere a los períodos más modernos de la historia, creó lo que estaba por crear y se dió el lujo de hacer historia nueva en textos escolares, que fué seguida y adaptada después por los tratadistas posteriores.

En la cátedra universitaria realizó la misma labor tesonera, sencilla y desinteresada. No fué maestro de oratoria brillante, sino más bien un expositor parco, sin oropeles, algo tímido de su saber, que musitaba sus clases a media voz, destacando a veces en tono más alto las ideas esenciales, frío en apariencia, pero con un entusiasmo profundo por su disciplina que derivaba a veces, en frases enternecidas y entrecortadas por la emoción, a la confianza personal o patriótica. Refractario a la exposición oral, que reducía al mínimo, trabajó incansablemente en sus libros y monografías, donde recogía

el acerbo fructuoso de sus lecturas y buscó la expansión de su saber y de su docencia, levantando muchas veces la clase y saliendo a los claustros o a la calle para explicar ya, en la sencillez del diálogo, a cielo abierto, la biografía del escritor en la galería de retratos de la Universidad, el estilo arquitectónico ante la portada del templo colonial o a la edad arqueológica trepado en la huaca prehistórica. Las excursiones universitarias de Wiese con sus alumnos por los alrededores de Lima, dieron un sentido nuevo y dinámico a la enseñanza, familiarizando a los estudiantes con rincones sugerentes de la ciudad: los viejos conventos, las murallas, el Cercado, las huacas Juliana y de Maranga, la quinta de la Pericholi. Entre ellas se hizo clásico el paseo al convento de los Descalzos, con inisa, música del siglo XIII, sermón del padre Arámburu y almuerzo dentro del ambiente ascético de la recolección franciscana. La historia se aprendía así por obra de este maestro humilde y elusivo, elocuentemente, sin palabras.

Entre las obras universitarias de don Carlos tienen especial importancia para la evolución de nuestros estudios históricos sus libros **"Las civilizaciones primitivas del Perú"**, (Lima, 1913) y **"Apuntes de Historia Crítica del Perú (Epoca Colonial)"**, (Lima, 1909). El primero, es una síntesis sagaz y una sistematización metódica y clara de todos los estudios hechos hasta entonces sobre arqueología, sociología y etnografía del Perú precolombino y sobre la época incaica. Wiese trata sobre todo, de ordenar y clasificar los materiales acumulados, de acordar conclusiones y trazar pautas cronológicas y culturales. Labor paciente, abnegada, sin pruritos de originalidad, en la que se refunde, con espíritu objetivo e imparcial, todos los aportes de viajeros, sociólogos y arqueólogos y la contribución fecunda de los estudios regionales y monográficos. En lo arqueológico, Wiese sigue, por lo general, el rumbo entonces preponderante de Uhle y en la ordenación de lo incaico las huellas de Markham, de Cunow, Saavedra y las recientes sugerencias de su propio discípulo Riva Agüero. Los apuntes sobre la época colonial tienen el mismo carácter sistematizador. Son una síntesis de los principales factores que contribuyeron a la colonización española en el Perú, el análisis de las diversas instituciones políticas, sociales y económicas y una revisión somera de los elementos culturales aportados por los conquistadores.

La labor de Wiese es acaso más original y diestra en el libro sobre las civilizaciones primitivas en que se expande

mejor su espíritu de sociólogo y de geógrafo en la ubicación y caracterización de las tribus, que en el segundo libro, en el que, se apega a un criterio de época y demuestra una cierta insensibilidad para los valores afirmativos de la cultura española.

La mejor bio-bibliografía de don Carlos Wiese, está en el discurso de Jorge Basadre en el homenaje que se le rindió en 1931, al jubilarse como maestro, que se reproduce en seguida.

DISCURSO DEL DOCTOR JORGE BASADRE

Señor Rector de la Universidad:

Señor Decano de la Facultad:

Señoras y Señores:

La Facultad de Letras despide con este homenaje a uno de sus maestros, alejado de las aulas desde el presente año por haber cumplido el límite de la edad señalada por la ley.

Si se tratara tan sólo de una constatación cronológica y burocrática habría aquí una atmósfera hecha de compromiso oficial y aún quizá de alivio, ya que se han visto casos de ancianidades convertidas dentro de de la docencia en una rémora quizás pintoresca y anecdótica. En cambio ahora, por encima del protocolo académico nos reunen el cariño y el respeto. Y ni la vanidad social con sus frivolidades, ni la perspectiva económica con sus concupiscencias, ni la pasión política con sus arrebatos, ni la moda momentánea con sus caprichos contribuyen a ello. Tampoco serían aquí oportunas las banalidades huecas que se dicen a las medianías decorativas que el celo acucioso de parientes y familiares consagra a veces; ni los sentimentalismos romos, naturales ante quienes encarnan una insegura promesa malograda; ni las declamaciones mendaces que delatan a las adhesiones circunstanciales. Se trata de honrar a don Carlos Wiese. Para ello, basta con palabras breves, sobrias, claras, viriles, sencillas.

Don Carlos Wiese nació en Tacna el 4 de setiembre de 1859, hijo de don Carlos Wiese y doña Jesús Portocarrero. Su padre, socio de la casa Wiese-Burchard, y uno de los muchos extranjeros a vecindados en Tacna, importantísimo centro social y comercial de entonces, tenía junto con otros vecinos una escuela dirigida por el

señor Van Broeck. Allí hizo don Carlos su primera instrucción, después de haber asistido al catecismo del inflexible cura Sors, antiguo guerrillero carlista cuyo celo llevóle a apostrofar a algunas damas aristocráticas por el vestido que llevaban cierta vez al pasar una procesión y anatematizar más tarde a toda la ciudad de Tacna porque esa actitud fué recibida con hostilidad. La fiebre amarilla de 1870 obligó a las familias Wiesse y Van Broeck a buscar refugio en Cochabamba y en el viaje a lomo de mula por los desiertos pereció el pequeño Germán Tomás velándose sin ataúd en la iglesia de la aldea de la Joya con una vela de sebo, sin más mortaja que su ponchito de viaje. A los pocos meses los hermanos sobrevivientes, Carlos y Alberto Tomás, alumnos del colegio Dos de Mayo de Cochabamba, este último comerciante más tarde en Lima e Iquitos, recibieron la noticia de la muerte de su padre a causa de la misma epidemia. Al concluir el año escolar fueron repatriados por su padrino don Teodoro Burchard y entregados a la madre en Arica, dirigiéndose luego con ella a Lima.

Desde entonces, sólo de paso ha estado don Carlos en su tierra; pero ella ha permanecido siempre en su corazón. Libros, conferencias y artículos ha dedicado a las prolijas negociaciones plebiscitarias, negociaciones en la que alguna vez participó; y al relato de algunos recuerdos ha mezclado amorosamente la nostalgia de aquellas chacras con los cercos cubiertos de granadas; de la fresca sandía de Para y del dulcísimo melón de Peschay. Amor al terruño mediante el cual, cuando hace pocos años un periodista le preguntó: "¿Qué hubiera querido ser en caso de no haber sido lo que es?", don Carlos respondió: "Chacarero de mi tierra tacneña". Del campesino de allá tiene, en efecto el rostro bronceado, la robustez longeva, la hosquedad acompañada por cierta sencillez acogedora, la malicia cazarra, la timidez, la constancia, el patriotismo. Tiene, al mismo tiempo, algo de su ascendencia germánica: la erudición que está adentro y nó para la exhibición gárrula, el desdén a lo retórico y a lo vacuo, la seriedad laboriosa, la densidad, la solidez de criterio. Todo ello lo aleja de los defectos del tipo criollo: la improvisación, el exhibicionismo, la simulación, el brillo exterior, el arribismo, la frivolidad.

Ya en Lima, don Carlos entró al colegio inglés de Mr. Varin y a poco inició sus estudios en la Universidad. La práctica de abogado la hizo en el estudio del doctor Emilio Forero, senador por Tacna, en quien admirara el vigor lógico para la oratoria forense y cuyo elogio fúnebre hizo en nombre del Colegio de Abogados. Nunca intervino en política y así lo hizo constar en una hora de crisis; pero la siguió con gran atención desde su juventud. En uno de sus artículos ha contado que si en sus años juveniles admiró la oratoria

contundente de Reynaldo Chacaltana y aquella otra, aliada con el timbre argentino de la palabra de Luciano Benjamín Cisneros, sus preferencias fueron más bien para la oratoria de don Francisco García Calderón, a quien escuchó años más tarde, en discursos llanos, demostrativos, sin pretensiones de arrastrar a las multitudes tras de sí.

Aún era estudiante cuando estalló la guerra. En 1880 la dictadura de Piérola envió una legación al Ecuador para asegurar su neutralidad frente a la propuesta alianza con Chile. Presidía a ese personal el señor Luna, secretario era Domingo de Vivero y como adjunto iba además del adolescente Wiesse, un mozo romántico y apasionado que se llamaba Germán Leguía y Martínez, naciendo entre ambos entonces una fraternal amistad. Don Carlos ha narrado varios episodios de esa misión que, por lo demás, consiguió su finalidad: el viaje en vapor de río y canoa y a lomo de mula; los amigos; las reuniones nocturnas en Quito de las que se retiraban escoltados por el "guasikama", indio portador del fanal de kerosene indispensable para no tropezar en las calles pendientes y oscuras de aquella ciudad; la pintoresca política ecuatoriana; el ministro chileno Godoy, agriado por ciertos incidentes, disparando desde su casa sobre los policías de Quito creyéndoles espías o maleantes.

En 1881, regresó a Chiclayo. Volvió a luchar con la vida, pues si bien había recibido una educación completa, no tuvo el privilegio de recibir también una fortuna considerable o una parentela influyente.

Es por eso que lo que ha sido, se lo ha debido sobre todo a sí mismo. Y ello aunque por lo general produce no pocas angustias y humillaciones, liberta en cambio de muchas supersticiones, prejuicios y ataduras. En Chiclayo fundó en unión del doctor Federico Edulino Tagle el Instituto de Chiclayo; dió también clases particulares, contando entre otros alumnos de primeras letras al doctor Alfredo Solf y Muro. Desde entonces su vida y su obra han estado estrechamente ligados a la enseñanza. Casi siempre se ha dirigido con la palabra o el libro a las mayorías no ilustradas, desdeñando los círculos eruditos y exclusivistas, careciendo de toda preocupación literalizante o estetista para buscar una generosa virtualidad democrática.

En Chiclayo conoció al contra-almirante Montero, inicialmente jefe superior, político y militar del norte, y luego vicepresidente de la República, de quien ha hecho un breve pero magistral retrato en uno de sus artículos evocativos. A poco llegaron los chilenos y vino el régimen de la ocupación que ha descrito también al hablar de la risible y valiente conspiración de don Enrique Salgado y del origen de su noble amistad con don Ramón Aspillaga. En 1883 se recibió

como abogado en Trujillo y fué relator de la Corte Superior. Más tarde, ya en Lima, por breve tiempo fué relator de la Corte Suprema y juez interino en lo criminal. Aunque el tipo de su inteligencia hubiera podido hacer de él un magnífico abogado, su vinculación con el foro ha sido casi nula. Solo un pleito ha tenido y en un sonriente artículo titulado "Más vale perder que ganar o peor es ganar que perder", ha narrado cómo a pesar de su victoria estuvo en la inminencia de pagar 1068 libras.

Sus tesis de licenciado y de bachiller en Letras quizá a causa de la inevitable desorientación que prima en la adolescencia fueron sobre temas heterogéneos: "La Providencia Divina" y la "Filosofía en la India". Mucho lo distinguió el decano de la Facultad, don Sebastián Lorente y lo asoció a la dirección del Convictorio Peruano, Colegio de Instrucción Media. En su lecho de muerte, Lorente recomendó a sus compañeros de Facultad que apresuraran el grado de doctor del bachiller Wiese y lo incorporasen como catedrático adjunto. El 23 de noviembre de 1884, el mismo día en que murió Lorente, se graduó don Carlos Wiese de doctor en este salón con una breve tesis que los "Anales Universitarios" honraron insertándola; tesis cuyo tema "La Conquista del Perú" anuncia una vocación madurada, pues prescindiendo de la narración y del eruditismo es ya de interpretación y de crítica. Esa mismo día fué nombrado catedrático adjunto de Literatura. Tenía don Carlos veinticinco años: el bronceado rostro con arrugas hoy, era terso; negro el cabello que hoy es cano. Las últimas lecciones del curso de 1884 en la cátedra que acababa de abandonar para siempre don Sebastián Lorente fueron dadas con inmensa emoción por el profesor de entonces más novel, hoy el más antiguo de la Universidad.

Al año siguiente decía el decano doctor Lissón en su breve memoria: "Merece especial mención el curso de Literatura General reformado por el profesor adjunto a esa cátedra, Dr. D. Carlos, Wiese, que ha dado a su estudio la altura que tiene en las Humanidades". En 1886 le fué encomendado el discurso de apertura de la Universidad y lo dedicó a investigar "A la luz de la Historia si las diferentes razas humanas son susceptibles de igual perfectibilidad y si, en consecuencia, su diversidad en el seno de una nación es un obstáculo para el engrandecimiento de ésta", haciendo aplicaciones al Perú, defendiendo al indio, aunque propugnando nuestra unificación cultural.

En 1886 y en 1887 dictó las clases de Estética. En 1888 fué nombrado Oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. Eligido en 1891 adjunto de Historia de la Filosofía Antigua y Moderna, desempeñó este cargo durante aquél año.

Se aproximaba en tanto la fecha en que debían iniciarse las discusiones sobre el plebiscito de Tacna y Arica y el canciller don Alberto Elmore encomendó al Dr. Wiesse el estudio de los plebiscitos internacionales en Europa. Con los escasos datos que podía adquirirse entonces en Lima, el Dr. Wiesse escribió el folleto "Quiénes deben votar en los plebiscitos internacionales", primera monografía que hacía sobre este asunto y que después fué presentada a la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas fué publicada generosamente por don David Torres Aguirre y citada y elogiada más tarde en el conocido manual de Derecho Internacional Público de Bonfils puesto al día por Paul Fauchil. Empezaron a poco las negociaciones para el cumplimiento del tratado de Ancón; hubo necesidad de mandar una misión especial a Chile; y en setiembre de 1892 se embarcó el Dr. Wiesse como agente confidencial. En una conferencia dada en 1917 él mismo ha contado el objeto y los resultados de su viaje y su charla final con el canciller chileno señor Isidoro Errázuriz, quien le dijo enfáticamente que Chile presidiría un plebiscito ante cuya honradez se asombraría el mundo; él respondió recordándole que los diarios de aquél día publicaban noticias sobre los atropellos que en Valdivia estaba realizando la fuerza pública a favor del candidato oficial, sin saber que ese candidato era el propio canciller don Isidoro Errázuriz.

En 1893, ya de regreso de su misión, publicó su notable libro titulado "Reglas de Derecho Internacional aplicables a las guerras civiles" que fué prologado por don Pedro Paz Soldán y Unánue. En 1894 fué nombrado abogado por la Peruvian Corporation ante la Corte de Arbitraje franco-chilena de Suiza. En Europa, principalmente en Suiza e Inglaterra estuvo hasta 1901.

Fué aquella una época laboriosa y feliz. En un libro pleno de buen humor que publicó en 1918 con prólogo de su viejo amigo don Germán Leguía y Martínez, ha narrado don Carlos algunos de sus recuerdos. Desfilan por ese libro magistrados que él conoció y admiró porque eran justos, bondadosos y sencillos: Morel, con un ojo perdido y otro con cataratas, conducido por su esposa al tribunal donde su autoridad era acatada en los casos más difíciles y que murió mientras le leían un libro; Haffner, exsacerdote franco, burlón y laborioso, cuya muerte iba dejar a los honorarios que ganara en el arbitraje franco-chileno, junto con sus libros y papeles, como única herencia a su hija, la "fraulein" de pelo rubio, que siempre le acompañaba vestida de piqué blanco planchado, con adornos de cintas tan rojas como sus mejillas de burguesa helvética. Otros párrafos están dedicados a contar cómo se hacían las elecciones sin la menor idea de lo que son la presión oficial, el cohecho, el escamoteo o la su-

plantación de votos; cómo desfilaban con el ministro de Instrucción a la cabeza los alumnos de los colegios de Lausana, para realizar una fiesta campestre con biceochos, naranjas, títeres y carrousel, cómo celebraban la Pascua los universitarios conduciendo el verde pino temprano cortado en la floresta de Sauvablin o formando ruedas para bailar la farándula entre canciones pastoriles que trascribe traducidas por el poeta Alberto Ureta. Se hallan también narradas con buen humor escenas domésticas en que intervienen su esposa y sus hijos, traviesos niños entonces, y algunos amigos allí presentes como Federico Crempien, Enrique Silgado, Manuel de Freyre Santander, estudiantes de Ingeniería e inolvidables amigos de Lima como Nicolás Dora, Enrique Guzmán y Valle y Pedro Broggi.

Con M. de Blonay, abogado de Lausana, hizo en aquella época una edición francesa de su libro "Reglas de Derecho Internacional aplicables a las guerras civiles". Revistas importantes (*Revue de Droit International et de Législation Comparée*", "*Revue Général de Droit International*"); profesores eminentes, laureados de Lausana y Gotinga comentaron y discutieron al tratadista peruano cuyo aporte era mayor que el de una mera "recopilación de las leyes deducidas de la práctica de las naciones discutidas y comprobadas en vista de las opiniones de tratadistas reputados" como decía la carátula de su libro. Su teoría sobre la responsabilidad del Estado a consecuencia de las guerras civiles discrepaba de las tesis predominantes en aquella época; a dicha tesis fué dedicada la sesión del Instituto de Derecho Internacional del 4 al 10 de Setiembre de 1900 tenida en Neuchatel.

También en Suiza dirigió el Dr. Wiese la primera edición de sus textos de Historia del Perú, cuya publicación fué hecha bajo los auspicios de la librería Rosay. Más que por menudo celo erudito o sórdido afán económico don Carlos Wiese fué a la Historia del Perú por espíritu de estudio y por amor patrio. Por ellos también orientó sus trabajos de internacionalista no hacia campos abstractos sino hacia temas conexos con los intereses y problemas de nuestro país, diferenciándose así de todos los anteriores publicistas peruanos de Derecho Internacional. Por ellos, se preocupó luego de conocer y hacer conocer la Geografía del Perú; y por ellos dan madurez prematura a sus trabajos juveniles las cavilaciones sobre nuestra superposición de razas. El desastre del 79, la mutilación territorial, el cautiverio del terruño acendrarón en él este amor al Perú que es una característica que unifica así toda su vasta, innegable y múltiple obra de publicista y de maestro.

No fueron los de don Carlos Wiese los primeros textos sobre historia patria. Habíanse publicado ya los de La Rosa Toro, Bení-

tez, Cappa. El de la Rosa Toro adolecía en la parte prehispánica de los vacíos de su época; y en la parte republicana, aunque contenía algunos curiosos detalles de testigo, pecaba por su espíritu marcadamente civilista y su animadversión a Piérola. El de Benítez con análogos vacíos en la época primitiva orientaba su proselitismo en la República contra Santa Cruz y de los gobiernos posteriores no hacía sino una elemental enumeración para detenerse en cambio con exceso en la guerra con España. El de Cappa afirmaba entre otras cosas que el Coloniaje había tratado con excesivo mimo a los peruanos; que el P. Valverde había sido poco menos que un santo, las encomiendas y las mitas, instituciones benéficas, los próceres de la Independencia, ambiciosos sin antecedentes; la anarquía de 1842 la atribuía a la semilla sembrada en la juventud por el impío P. Cisneros, por el blasfemo canónigo Arce y los impíos sacerdotes liberales Rodríguez y Luna Pizarro. El manual de Markham que el mismo Benítez tradujo, no era propiamente un texto y carecía de proporciones didácticas.

Los textos de Wiese, que innovaron primeramente en la presentación mediante los grabados, la calidad del papel, los resúmenes, los ejercicios, las lecturas de pasajes importantes, poco a poco fueron desplazando a los demás. Han llevado y llevan de la mano a varias generaciones por las tinieblas de nuestro pasado, a veces maravilloso, a veces terrible. Wiese es por esto el escritor peruano que más lectores ha tenido. Es uno de los recuerdos de nuestra infancia, de innumerables infancias que acaso le imaginaron distante y extraño. En un país de gente en dispersión, este maestro tuvo el don de síntesis. Desde los primeros pobladores de Ancón y Arica hasta el tercer gobierno de Leguía, toda nuestra Historia ha sido sistematizada por él; y la Universidad de North Carolina ha decidido traducir sus textos para incorporarlos a su Historia de América.

Textos serios, circunspectos, llenos de dignidad. El exagerado entusiasmo ante nuestros hombres y nuestras cosas, el escepticismo cansado, el pesimismo apostrofante, el apasionamiento personal, de familia, de castas o de ideas no existen en ellos. Del empirismo apresurado, de la ignorancia simuladora, de la retórica inconsistente, de la erudición escueta están exentas asimismo estas páginas densas. Y es así como ellas sirven de nexo entre los sabios y los niños. A fines del siglo XIX y a principios del siglo la historia del Perú pasó por una brusca transición sobre todo en lo que respecta a la época prehispánica. Fueron descubiertas las culturas preincaicas, perdió importancia la figura idílica de Manco Cápac, quedó constatado el origen antiquísimo de las comunidades agrarias regionales, surgieron sobre estos y otros problemas nuevos aportes dispersos en libros y

a veces aún en artículos fragmentarios extensos, eruditos, Wiesse ensambló y sintetizó los descubrimientos y las hipótesis de Hrdlicka, Prescott, Markham, Uhle, Rivet, Tello, Urteaga, Latcham, Riva Agüero y otros sobre la época prehispánica; así como también los de Prescott Mendiburu, Prado, Oliveira, Riva Agüero sobre la Colonia; Vicuña Mackenna, Paz Soldán, Bulnes, Valdivia, sobre el Perú Independiente. Siguiendo este interminable "devenir de la ciencia en pos de la verdad, fué modificando sus textos. No fué un simple compilador; a veces también agregó y fijó datos e interpretaciones y su espíritu de asimilación y discernimiento revela su personalidad. A veces, es cierto, la síntesis volviöse yustaposición; la dosificación de lo erudito no fué lo suficientemente rala, para el paladar infantil. Por separarse de las pasiones en pugna quitó a veces a los hechos su dramático atractivo. Fáltóle también hechizo en el estilo, sentido de la leyenda y de la anécdota. Pero todo ello no embota su mérito medular y bienhechor.

En 1901, don Carlos Wiesse regresó a Lima. Al año siguiente, en forma de reportajes publicó una exposición amena y clara pero también sólida criticando la actitud del doctor Aranibar, hostil al fallo que dió el Tribunal Franco-Chileno de Lausana sobre las deudas peruanas; e historiando el origen de dichas deudas con la que escribió un capítulo valioso aunque poco conocido de nuestra historia financiera. Estos reportajes fueron publicados, con algunas adiciones, en un folleto titulado "Seis semanas en la prensa".

A poco ocurrió el desgraciado incidente del telegrama que hizo para impedir que se provocara la "entente" entre Chile y nuestros vecinos del Norte con motivo del rechazo que nuestro Congreso iba a hacer del protocolo de arbitraje entre Colombia, Ecuador y Perú. No es esta la ocasión ni ha llegado el momento para dilucidar ese asunto, aún no bien desentrañado por lo demás y sobre el cual influyó el apasionamiento que había entonces en la política interna en plena crisis la lucha entre los demócratas parapetados en la Cámara de Diputados y el gobierno de Romaña ya abiertamente civilista. Pese al pernicioso influjo de este incidente, continuó don Carlos Wiesse sus labores de publicista encontrando acaso una vez más en los libros, a amigos que no traicionan.

En 1904, publicó su exposición sobre la cuestión de límites con el Brasil, escrita por encargo del gobierno y que viene a ser un completo y claro manual histórico sobre aquél conflicto.

En 1905 publicó una segunda edición ampliada de las "Reglas de Derecho Internacional aplicables a las guerras civiles"; y en 1906 su "Recopilación de leyes, decretos y reglamentos expedidos en los tiempos modernos para la votación de los plebiscitos de Dere-

cho Público precedida de una introducción sobre el concepto histórico del mismo". Por esos días se encendió sobre ese mismo tema su polémica periodística con el publicista chileno Luis Orrego Luco quien llegó a decir de su contendor "Lo que no consiga comprobar y demostrar Ud. es difícil que sea comprobado por otros estadistas del Perú".

En la Facultad de Letras desempeñó el doctor Wiese el curso de Filosofía Moderna en 1904, 1905 y 1906; y en 1907 se encargó del de Sociología. Fué por eso que en 1908 publicó sus "Extractos de Sociología". La notoriedad del libro del doctor Cornejo ha opacado esta síntesis, llena de método, de espíritu didáctico y de sabiduría. Los nombres más preclaros y entonces más recientes de la Sociología están allí revisados y ubicados: Comte, Spencer, Durkheim, Simmel, Stuckember, Gumprowitz, Ratzel, Worms, Giddings, Le Play, Marx, Asturaro, Rossi, Tarde. Algunos de ellos por primera vez eran mencionados en castellano.

Si bien adaptable a la Sociología, la mentalidad del doctor Wiese no tenía en la Filosofía su campo más propicio. Afortunadamente, en 1909 renunció la adjuntía de Historia de la Filosofía Antigua y fué nombrado adjunto de Historia Crítica del Perú en lugar del doctor Mariano Ignacio Prado y Ugarteche que pasó, a la condición de principal titular de la misma asignatura. El mismo año en abril se hizo cargo de la cátedra y poco después obtuvo el titularato de ella; desde entonces la ha estado desempeñando hasta 1930, con una breve interrupción en el año de 1924.

A través de estas dos décadas el doctor Wiese ha sido en la Universidad el creador de su curso pues en él don Sebastián Lorente sólo se ocupó de la parte primitiva y don Manuel Marcos Salazar apenas le dedicó un texto escolar. Durante largos años no se han hecho en la Universidad otros estudios sobre Historia Patria. El doctor Wiese llevó a esta cátedra su experiencia de profesor, su laboriosidad de publicista, su cultura de historiógrafo y sus desvelos de patriota. Divulgación, síntesis, imparcialidad son sus méritos. Sus textos universitarios sobre las civilizaciones primitivas y sobre la época colonial quedan como magníficos exponentes de su labor.

Habíamos tenido historiadores biográficos, retóricos, literarios y eruditos; Wiese es aquí el historiador sociológico, completando y aclarando los trabajos ya hechos en ese sentido por Javier Prado.

Numerosas excursiones completaron su labor docente, con un carácter arqueológico a las "huacas" de la campiña o con un carácter estrictamente histórico a los templos y otros lugares típicos de la ciudad. Algunas actuaciones interesantes propició así mismo; en una de ellas fué exhumado con el concurso de Victoria Vargas, Lily Ro-

say y Sante Lo Priore la "Rapsodia Peruana" del maestro Rebagliati en la necesidad de resolver la situación del indio.

Como profesor, el doctor Wiese no fué, al menos para quienes fuimos sus alumnos en estos últimos años, un caso de facilidad verbal, de brillo oratorio; cierto es que hemos llegado hasta él cuando estaba ya cansado. Pero una atmósfera de simpatía le ha rodeado siempre, a pesar de que ha ido acentuándose en las jóvenes generaciones un sentido de crítica. La juventud ha sabido siempre que el doctor Wiese, perteneciente a una época en que se consideraba imprescindible en el catedrático la férula ceñuda o la gravedad acompasada y protocolaria, ha prescindido de ellas con bohemia despreocupación. Bohemio en sus costumbres a pesar de la edad, ello ha influido acaso para que no haya llegado a ser canceller, delegado en certámenes internacionales, decano de la Facultad de Letras o Rector de la Universidad, títulos estos para los que no ha sido el derecho del mérito intelectual lo que le ha faltado.

En la Secretaría de la Facultad de Letras, que ocupó hasta 1924, ¡a cuantos estudiantes pobres favoreció! Una anécdota sirva para contar su bondad. Una vez concedió a un provinciano la exoneración en los pagos de derechos de matrícula para que no perdiera su carrera. El Decanato anuló esta concesión invocando razones reglamentarias y ordenó que aquél alumno pagara sus derechos. Don Carlos puso debajo de esa orden una anotación en la que advertía que el interesado podía matricularse en el día, ya que la suma de dinero correspondiente a su matrícula sería pagada descontándola de su sueldo de Secretario. Y así muchos otros casos. Por algo llamaba "Hijitos" a los estudiantes.

Significativa es, en otro sentido, aquella otra ocasión en que examinando a cierto diputado de mucha influencia que había logrado ingresar a la Universidad mediante una ley especial, no trepidó en reprobalo porque no dió un examen satisfactorio. Los estudiantes no deben olvidar nunca tampoco su actitud en la huelga de 1919 en que públicamente pidió el retiro de uno de los catedráticos tachados. Por todo esto la simpatía estudiantil tuvo su máxima cristalización, cuando en 1924, en plena agitación iconoclasta, logró presionar a las autoridades universitarias y obtener el regreso de don Carlos a su cátedra ya que se había alejado de ella por una comisión que le encomendó el Rectorado; luego le dedicó un gran homenaje en el Salón General cuyo vocerío por las calles fué acallado rudamente por la policía que en aquella hora de recelos, confundió la manifestación al maestro con un vulgar comicio de oposición.

Al lado de sus faenas propiamente universitarias, el doctor Wiese no ha cejado en su labor de publicista, como lo comprueban sus con-

ferencias sobre el asunto de Tacna y Arica, sus textos de Constitución y Derecho Usual, Geografía General, Historia y Geografía del Perú. Del texto de Geografía del Perú hay una edición ampliada que es toda una obra científica. Su mérito de geógrafo es análogo a su mérito de historiador; unir, sintetizar, ensamblar. Un paso adelante implica su trabajo en relación con quienes más que geógrafos fueron naturalistas y viajeros y con quienes se limitaron al aspecto político-administrativo de nuestra geografía. El elogio del doctor Sievers, una de las primeras autoridades de la ciencia geográfica alemana, tiene un valor de consagración.

Además, no hay que olvidar libros como la biografía anecdótica de don Ramón Castilla, "La madurez de una vida purgativa", "En ciudad ajena y tierras propias", "Fojas cortadas de un libro de Historia patria". Compilaciones estos tres últimos, de discursos, conferencias, apostillas históricas, tradiciones, evocaciones, breves retazos de erudición de recuerdos y de ingenio en que a menudo se vuelve retozón el tratadista sesudo. La burla no es malvada ni acre; es simple, entretenida y bondadosa. Díjérase que él está hablando con su inimitable fruición para la anécdota sabrosa.

Deja inéditos entre otros trabajos, uno sobre "Los ruidos de la Colonia", que parece ser lo mejor que ha escrito. Si alguna virtualidad pudiera tener este homenaje, ojalá fuera el compromiso de la Universidad para publicar por lo menos esta obra en el plazo más breve.

Y así lentamente ha llegado la vejez. A su arribo rebeldías, rencores y violencias se han sosegado. Ella ha dado a su rostro ese vigor plástico que ha reproducido el pincel egregio de José Sabogal, vigor plástico que parece hecho con bloques de tierra, pero de tierra peruana. ¡Cuántas veces viéndole solitario y vagabundo por las calles, olvidando que la lámpara no ilumina para sí misma, hemos pensado que su vida y su obra eran incomprensidas! Sirva esta fiesta para querer probar lo contrario: en ella a la conmovida amargura de las despedidas se mezcla la ilusa fruición de las consagraciones.

Fiesta que a pesar de todo, resulta fría y pobre. ¡Cómo fuera dable realizar los anhelos más locos e imposibles! Debería ser don Sebastián Lorente quien hiciese el elogio de su discípulo y amigo como historiador, gozoso al comprobar públicamente que no se engañó su paternal afecto. Morel o Haffner, cualquiera de estos magistrados suizos llenos de saber, de sencillez y de bondad, harían el elogio del internacionalista. En el ambiente grave de este salón blasonado pondrían su alegría irreverente algunas flores de Tacna, rojas como la del granado o blancas como las del durazno: desacato perdonable por lo mismo que él supo mezclar la erudición del sabio con el gesto amu-

chachado. Entre el auditorio compacto, al lado de más de cuarenta promociones universitarias, estarían los miles y miles de niños que en sus libros aprendieron a conocer lo que es y lo que ha sido el Perú.

Pero ello no es posible. Y a nosotros los advenedizos en este hogar, que estamos despidiendo a quien es uno de sus dueños legítimos, no nos queda después de enumerar burdamente la santa continuidad del trabajo modesto y fecundo que es su vida, sino decir que la Patria se reconforta y se define con ella a pesar de que los pabellones nunca se inclinaron reverentes a su paso ni las fanfarrias resonaron jubilosas en su honor; y como palabra final de esta fiesta sólo debe decirse en nombre de la cultura, en nombre de la Universidad y en nombre del Perú: "Gracias".

**MARIANO IGNACIO PRADO Y UGARTECHE, Presidente
del Instituto Histórico.**

† en Lima, el 25 de marzo de 1946.

Don Mariano Ignacio Prado y Ugarteche, que presidió durante los últimos años el Instituto Histórico del Perú, falleció en el mes de marzo de 1946, a los 76 años de edad. Figura venerable de nuestro mundo social, político e intelectual, el doctor Prado ha dejado honda huella en la vida económica del país, en la Universidad, en el foro y en la cultura artística.

El doctor Prado se inició en la vida intelectual y universitaria demostrando su inclinación por la historia y las letras. En 1888 optó el grado de bachiller en Letras con un trabajo de severa investigación y originalidad que tituló "Estudio sobre filología peruana en relación con la historia y la literatura". En época en que eran escasos los ensayos sobre temas peruanos, y en que no existían aún las obras de bibliografía, que hoy sirven de andamiaje a esos estudios, la tesis de Prado, representa un esfuerzo creador de gran valía y estímulo para los estudios peruanistas. Se puede decir que los abre honrosamente, abordando el análisis general de la producción poética peruana, en el Incanato y en la época colonial, con atinadas observaciones y ahonda luego el examen de los estudios lingüísticos sobre el quechua y el aymara y otros dialectos indígenas. Es un cuadro analítico y crítico de la corriente lingüística peruana.